

LA TARDE DE LORCA

Dirección y administración. P. Carlón, 10

Director: J. LÓPEZ BARNÉS

Diario independiente.

VINIENDO DE BARCELONA

Submarinos en el Mediterraneo

Lo que yo vi

Las recientes noticias que nos trae la prensa respecto a ese barco inglés echado a pique por un submarino alemán a sesenta millas de Cabo de Palos, me ha causado una emoción profundísima, una sensación de miedo, de terror, que me ha durado largo rato.

Mi sensibilidad de mujer la despierta el llanto de un niño, y sin embargo, tengo experimentado, que mi espíritu no se sobrecoge fácilmente... ¿Por qué he sentido miedo al leer la noticia de referencia? ¡Miedo! No sé... Figúrense que arrostré un peligro inconscientemente, y pasado ya, cuando nada hay que temer, os dan cuenta de la desgracia que os amenazó... Ese escalofrío de terror que estremece vuestro cuerpo es el que yo he sentido.

Me explicaré.

Hace diez o doce días, regresaba de Barcelona a bordo de un buque español.

La mañana estaba despejada, hermosa. Un cielo de azul intensísimo, y un Sol de agosto que hacía brillar las aguas del Mediterraneo, hasta deslumbrar.

Eran las diez y media, aproximadamente. El excesivo calor que se sentía en el camarote, me hizo subir sobre cubierta y sentada a la sombra de la toldilla, disfrutaba del delicioso fresco de la mañana.

Allá, en la lejanía, mar adentro, divisábase un barco de vela, que miraban con curiosidad varios viajeros.

—Algún barco pesquero— oí decir a uno de éstos.

—Parece que va con rumbo a Palma—añadió otro.

El barco iba perdiéndose de vista.

Yo dirigía en aquellos momentos la mirada hacia la costa, cuando llegó a mi oído un sonido estridente amortiguado por la distancia, que me hizo pensar que aún retentaba en mis oídos las vibraciones de ese ítaf, ítaf seco y desagradable que lanzaban las motocicletas rodando por las anchurosas vías de Barcelona. Pero al mismo tiempo, oí algunas voces que decían: —Mira, mira! ¿qué es eso?

—Volví la mirada rápidamente y a cien metros de distancia de nuestro barco, vi sobre

la superficie del mar, tranquilo como un lago, un objeto que corría con una velocidad que yo juzgué extraordinaria.

En el escaso tiempo que tardó en desaparecer de nuestra vista, quise precisar la forma de aquel objeto. Era algo así... no sé concretarlo... algo parecido a un coche tranvía, pero pequeñito...

Instintivamente, miré la dirección que traía aquella cosa extraña y mis ojos aun pudieron ver la diminuta vela de aquel *barco pesquero* que ya se perdía en el horizonte...

¿Hicieron comentarios los pocos viajeros que a diez pasos de donde me encontraba, vieron como yo, el raro *cochevito*?

No lo sé; no los oí. Por lo que a mí respecta, confieso con la mayor ingenuidad que pasados unos instantes, ni volví acordarme de aquello, ni le di importancia alguna. Ahora bien, aquel sonido, aquel ítaf que llegó a mis oídos y que los demás oyeron también, *había salido del cochevito* en cuestión,

¡No fué ilusión mía!

Poco después de esto, el Capitán de nuestro buque apareció sobre el puente, escudriñando con un anteojo el horizonte.

Pasaba el tiempo y el Capitán no se movía de aquel sitio y su anteojo marino miraba y miraba con insistencia.

Llegó la hora de comer la tripulación, sobre cubierta fué puesta la mesa; descendió el Capitán que ocupó la cabecera, pero arriba, sobre el que yo llamo puente, quedó un hombre escudriñando el horizonte con el anteojo...

Después de comer, el Capitán volvió al mismo sitio de observación...

Los viajeros de cámara que en mayor número que por la mañana paseábamos sobre cubierta, mirábamos al Capitán siempre en el Puente y observando...

—¿Qué mira el capitán?— oí decir a uno.

—Unas Islas que hay ahí enfrente.

Fué la contestación.

Quizá el miedo que he sentido al leer la noticia de que el vapor inglés *Corubia* ha sido torpedeado por un sumergible alemán frente a Cabo de Palos, no tiene fundamento alguno; pero el *cochevito* que yo ví pasar, rápido, a cien metros de donde me hallaba ¿era el periscopio de un submarino? Aquel *barco pesquero* ¿qué podía conducir en sus bodegas? ¿no es la benzina combustible que hace navegar? ¿Por qué el Capitán no abandonó el puente ni su anteojo durante todo el día? No sé... no sé...

Hacho.

A la que salta

Leo que el exultán Muley Hafid, que ha visitado recientemente el Eserial, quedó el hombre, encantado de los frailes.

Nos satisface mucho la noticia y no resistimos al deseo de comentarla.

Muley, si tanto le agradan
léveselos a Marruecos...

(Parodia de lo que dijo
tiempo ha don Carlos III.)

Paco Forrajera, el carca vitoriano, llama a Alemania el Imperio invencible, porque un submarino alemán ha echado a pique un barco mercante en aguas de Burdeos.

¡Valgate Dios *Forrajera*!
veo que de listo te escapás;
Será, a la postre, invencible,
como lo fué Carlos *Chapa*.

Oye, *Forrajera*, y cuando el submarino inglés torpedó y hundió un buque de la escuadra turca en los mismísimos muelles de Constantinopla y después salió a flor de agua para que no tuvieran duda de su nacionalidad, entonces ¿no se te ocurrió ningún comentario, pichoncito mío? Entonces callaste como una hetaira, y ahora chillas como una rata.

Pues cuando llegue la hora
(que llegará, te lo fio)
vas a empuñecer del susto,
carca mío.

PLOBZ.

LO QUE SOMOS

Botones de muestra

Y decía en nuestra editorial del sábado B Calderón: hablando de la industria triguera:

«En la industria triguera, en el negocio de cerealistas y panaderos, existe un misterio mayor que en ninguna religión de ningún pueblo».

Tanto como misterio, no es un secreto a voces.

¿Cuándo ha estado el trigo al precio que se ha comprado desde que se recogió la cosecha? Muchas veces,

¿Y cuando se ha conocido el pan a 40 céntimos kilogramo? Nunca.

¿Qué misterio ni que narices!

Lo que hay es una mansedumbre y una imbecilidad por parte del consumidor, que es el delirio, compañero.

Y nada más.

Por supuesto, que merecemos más.

Ni trigueros, ni harineros, ni panaderos, hacen lo que debieran.

Si doblaran el precio, el trigo, la harina y el pan, se venderían igualmente.

Y el que no pudiera comprarlo se moriría de hambre, calladito y en paz.

¿Pasa ahora otra cosa?

En España, no se queja ya nadie de nada.

Cuando alguien lo hace, empieza la sordina, de tal modo, que no lo oye el cuello de su camisa.

Aquí no se grita ya, ni se protesta, ni se aplaude, nada más que en las plazas de toros.

¿Qué prueba el Gobierno a suspender las corridas como suspende los mitines, y la revolución está hecha.

¿Hay quien lo dude?

Los acaparadores de trigo, han puesto el grito en el cielo porque el Gobierno trata de rebajar los derechos de entrada al trigo extranjero.

Naturalmente; eso haría bajar el precio al trigo adquirido por el acaparador y no conviene a esas sanguijuelas.

La cuestión es vender sin competencia al precio que les venga en gana.

¿A que el Gobierno atiende a la honorable clase?

Naturalmente. Entre el pueblo y los acaparadores, la elección no es dudosa... Cuando este pueblo es el español, o por otro nombre, Juan Lanas.

Repulgo.

Postales selectas

121

¿Cómo, pues, debemos conducirnos en la vida?

Principiemos por ser hombres de bien y luego busquemos que nos parezcan. Solo entre virtuosos se puede establecer la constancia en la amistad. Unidos por una mutua ternura, marcharemos a las pasiones de los otros hombres.

son esclavos; celosos de observar religiosamente la justicia, estarán siempre juntos a emprenderlo todo el uno por el otro y no se pedirán nada que no sea honesto y decente. Quitar a la amistad el respeto, es arrebatárselo su más bello ornamento. La naturaleza nos ha dado la amistad para secundar la virtud y no para ser cómplice del vicio; nos la ha dado porque nuestra virtud que no puede en el aislamiento elevarse a grandes cosas, puede llegar a ellas con el apoyo y concurso de una noble compañía. Es en esta sociedad en la que se encuentran esos tesoros de los que hacen tanta estima los hombres, la honestidad, la gloria, la tranquilidad y la satisfacción del alma, todos esos bienes cuya posesión constituye la felicidad de la vida y fuera de la cual no hay más que miseria.

CICERÓN.

(Tratado de la amistad).

El comerciante que anuncia en las columnas de la prensa diaria, triplica sus ventas.

LA TARDE DE LORCA tiene tarifas especiales para la publicación.

Influencia de los abonos fosfo-potásicos sobre la formación de los granos de los cereales y su peso.

De la misma manera que el hombre necesita alimentarse para formar sus tejidos, desarrollarse y poder vivir, la planta también necesita alimentos para su crecimiento y producción. El hombre bien alimentado, es sano, robusto y apto para todo trabajo, pero reduzcamos su alimentación y encontramos el hombre débil, enfermizo, que no sirve para nada. Lo mismo que ocurre con nosotros, ocurre con las plantas. En un campo donde los cultivos se suceden durante años y años, las plantas que se desarrollan van tomando poco a poco, todos los principios nutritivos, en el encerrado y llega un momento en que estos escasean y la planta, falta de alimento se desarrolla débilmente, dando, por consiguiente, malas cosechas. Esto deben tenerlo muy presente nuestros agricultores, tratando de evitarlo por los medios que están a su alcance. Los suelos que hoy cultivamos, están ya muy gastados y es necesario introducir en ellos los elementos fertilizantes fósforo, potasa y nitrógeno, indispensables para que los vege-